

Ahí está el niño, ¿y la inocencia?

Filiberto García

La infancia constantemente se trata como la edad por excelencia, aquella en la que la inocencia justifica casi todo lo que se realiza, en la que se considera a los niños, como lo señala Marina Warner, seres pre-históricos, pre-sociales, aislados, quienes conservan su belleza natural a pesar de las implicaciones históricas.¹ Se confía en que los niños seguirán resguardando su estado inocente a pesar de que el entorno en el que se desenvuelven se vea perturbado y configurado por los más diversos intereses. Bajo esta postura se encuentra la posición cómoda de los padres que se niegan a ver cómo sus hijos son educados por varios influjos sociales en formas que les parecerían inapropiadas.

Reconocer que la «infancia no es un estado natural de inocencia; es una construcción histórica»,² resulta determinante para cuestionar, con ojos críticos, qué realizan los niños y quiénes determinan sus anhelos o modelos a seguir, así como la forma de juzgar a los infantes de acuerdo con sus condiciones sociales. No se puede hablar de la infancia de manera generalizada debido a que un niño indígena desde su nacimiento está en desventaja si desea integrarse a la vida ciudadana. Luis de la Torre expone el ejemplo de los niños de lengua aimara: «Para los padres de familia el enseñar castellano como primera lengua a sus hijos constituye una ventaja [...] ya no serán discriminados en la ciudad».³ Social e históricamente se han etiquetado a los infantes indígenas, se les ha limitado y de manera mágica se pretende considerarlos como iguales, a pesar de las barreras tan evidentes que se les franquean.

El niño no es una concepción uniforme y estática, se ha modificado a través del tiempo. En la Edad Media los chicos eran poco reconocidos como figuras distintas a los mayores, eran vestidos como adultos y tratados como tales, a los siete años iniciaban su vida laboral, a no ser que pertenecieran a la clase social alta. Con la escuela ocurrió exactamente igual: fue hasta que Montessori, hacia la década de 1900-1909, concretó centros infantiles en los que se adoptó el mobiliario a las necesidades de los niños, construyendo mesas, sillas y repisas que fueran acordes a su tamaño y les facilitaran el movimiento dentro del aula para trabajar materiales concretos.

¹ Cfr., Marina Warner, *Six Myths of Our Time*, Vintage, Nueva York, 1995, p. 56.

² Giroux, *La inocencia robada: juventud, multinacionales y política cultural*, Morata, Madrid, 2003, p. 16.

³ Luis de la Torre, *Experiencias de educación intercultural bilingüe en Latinoamérica*, Abya-Yala, Quito, 1998, p. 64.

Es fundamental identificar el contexto en el que se desarrollan los niños para determinar el papel que juegan en cada momento. Los padres necesariamente deben responsabilizarse respecto al camino que les trazan o les permiten transitar a los infantes en lugar de arrojarse de manera irresponsable en el concepto de niñez como etapa cándida y de inocencia. Giroux muestra una serie de ejemplos mediante los cuales se pueden visualizar los cambios radicales que ofrecen a los niños en cuanto a su formación: uno de ellos son los concursos de belleza, que interiorizan en las niñas la idea de la belleza como competencia, pues forzosamente solo una obtendrá la corona, mientras que las restantes cargarán con la idea de que no son suficientemente bellas y que, en consecuencia, merecen el rechazo.

El instinto de competencia, de iniciar a los pequeños de manera precoz en un mundo codificado por los valores y las necesidades de los adultos, es un elemento más que determina sus transformaciones. Los niños van adquiriendo la mentalidad de ganar, porque ello representa un mejor futuro, pero este es visualizado como algo personal. Algunos padres en Estados Unidos gastan fortunas en concursos de belleza con la finalidad de que sus hijas vayan configurando una trayectoria de éxito, someten a sus pequeñas a sacrificios semejantes a los que hacen las modelos adultas; es en esta etapa en la que los miedos de los padres son trasladados a los infantes. Los menores también se preocupan por la economía del hogar a pesar de que no puedan hacer nada, se afligen por tener un futuro incierto y construyen una identidad más individualista y de sobrevivencia que de mejora social.

Los adultos con frecuencia observan a sus hijos como la posibilidad de lo que ellos no pudieron realizar; por desgracia, la configuración social ha ponderado a los recursos materiales y al éxito personal como la cumbre de la naturaleza humana, desplazando paulatinamente a los valores sociales y de conciencia crítica respecto al consumo de productos e ideas. El capital empresarial, siempre con deseos de crecimiento y expansión de mercado, observa en la infancia un negocio, explotando el imaginario paterno, la idea romántica de la niñez desarrollada en el siglo XVIII y el sentimiento culpígeno ocasionado por la ausencia constante de madre y padre.

El mercado gesta una serie de campañas e ideas que focalizan la atención de los padres en los peligros físicos y psicológicos, restando importancia a la conexión existente entre la inocencia y las instituciones sociales y culturales. Se habla constantemente de los niños como si no fueran influidos por las ideas que se despliegan en la casa, en la televisión o en las nuevas tecnologías, exponiendo constantemente su imaginación y constitución ideológica a situaciones de mercado. En medio de una sociedad orientada al consumo, la idea de inocencia infantil requiere ser resignificada, planteada desde una visión de mayor responsabilidad y no desde una visión de entretenimiento y competencia para las clases favorecidas o como un estado de angustia para las clases más pobres.

Fuentes

Giroux, *La inocencia robada: juventud, multinacionales y política cultural*, Morata, Madrid, 2003;
Torre, Luis de la, *Experiencias de educación intercultural bilingüe en Latinoamérica*, Abya-Yala, Quito, 1998; Warner, Marina, *Six Myths of Our Time*, Vintage, Nueva York, 1995.